

partir para Génova, hizo redactar en Barcelona, el contrato de matrimonio.

El 29 de Junio de 1529, el Duque de Gandía cedió á su hijo la mitad de la baronía de Lombay. Carlos V, para realzar la dignidad de los jóvenes esposos, erigió en marquesado esta baronía. Además, el emperador nombró al nuevo marqués de Lombay su montero mayor. La emperatriz le nombró su caballero mayor, y á la marquesa, su camarera mayor.

CAPÍTULO II

EL MARQUÉS DE LOMBAY

LA VIDA DE CORTE Y LA DEL CAMPO.—EL ARTISTA.—

LA CONVERSIÓN

Desde luego, tuvo Borja en la corte una situación privilegiada, que su juventud no parecía autorizar. Siempre de viaje y en el campo, el emperador confiaba al caballero mayor la guardia de la emperatriz, y era tal la confianza que le inspiraba, que la rígida etiqueta de la casa real no existía para él.

En 1530, dió á luz la marquesa su primer hijo, Carlos. El niño recibió el nombre del emperador ausente. El príncipe Felipe de España, de edad de tres años, y la emperatriz fueron los padrinos del recién nacido. En esta ocasión, tuvo la emperatriz para con la joven madre cuidados de hermana mayor ó de sirvienta. Durante su infancia, Carlos de Borja y el príncipe Felipe fueron compañeros inseparables. El príncipe de España quería con delirio al marqués de Lombay. De carácter obstinado, se encolerizaba violentamente cuando se le quería arrancar de brazos de su gran amigo. ¡Cómo se hubiera aprovechado un alma ambiciosa de tan preciada intimidad y fortuna tan repentina!

Pero los marqueses de Lombay no se pre-

valían de su crédito más que para convertirse en abogados de la desgracia, y tan seguros estaban todos de su desinterés, que nadie se inquietaba, en aquella corte envidiosa, por el favor de que gozaban.

Hasta la vuelta de Carlos V, el marqués de Lombay estuvo destinado al servicio de la emperatriz. Debió pasar en Toledo parte del año de 1531, porque en dicho año, el preceptor del príncipe Felipe, Pedro González de Mendoza, escribía al emperador: «Su Alteza salió de Toledo, sobre una jaca. No consintió que se le sentase en la silla, pero quiso tener los pies en los estribos. Nosotros íbamos á pie, y el marqués de Lombay de un lado y yo de otro lo sosteníamos. La gente se amontonaba de tal manera para ver á su Alteza que obstruían las calles. Y todos decían palabras para morir de risa, y Su Alteza muy ufano por verse á caballo.»

En el mes de Mayo de 1531, Borja siguió la corte á Avila, en donde, el 26 de Julio, el príncipe Felipe despojábase de su ropa de niño y recibía del marqués de Lombay el primer traje de hombre.

El 28 de Septiembre pasó la corte de Avila á Medina del Campo, en donde permaneció hasta 1532. En esta ciudad, tuvo Francisco su segundo hijo, una niña, de la cual fué madrina la emperatriz poniéndole su nombre. Después de haber guerreado en Alemania y Hungría, y á fines del mismo año, tuvo Carlos V en Bolonia una entrevista con Clemente VII, en la que se concertó un tratado de

alianza. El 22 de Agosto de 1533 desembarcaba en Barcelona.

Durante las fiestas que se celebraron á su vuelta, cayó gravemente enferma la emperatriz. Desde el 29 de Junio al 2 de Julio se hicieron rogativas públicas para librarla de la muerte. Curó Isabel, y manifestóse el reconocimiento popular por medio de una peregrinación á Montserrat. Seis años después, en medio de fiestas más espléndidas, el luto, evitado esta vez, pesará sobre España, y principiará á desprenderse Francisco de vanidades en las cuales creía todavía.

El 17 de Julio, restablecida la emperatriz, dejó á Barcelona y se reunió con el emperador en Monzón. Las Cortes de Aragón, abiertas en esta ciudad, no se cerraron hasta Diciembre. Durante su viaje, la marquesa de Lombay dió á luz en Bellpuig á su segundo hijo, Juan. De regreso á Castilla, fué acometido el marqués de fiebres perniciosas, que le hicieron sufrir durante muchos meses y le permitieron comprobar la estimación de que gozaba.

Antes que el caballero mayor recibiera alojamiento en el palacio, le estableció el emperador en una casa vecina, en la cual entraba por un pasaje cubierto. El emperador y la emperatriz iban á menudo á visitar á su favorito. Redoblaron sus cuidados durante su enfermedad. El emperador se sentaba junto á su cabecera y le hablaba con afecto. Dios también visitaba al enfermo, y le iluminaba acerca de la caducidad de una fortuna á merced de los menores accesos de fiebre. Tal fué el carácter de

aquella alma reflexiva, el de sacar de cualquier acontecimiento inmediatas consecuencias morales. Borja pedía para distraerse libros ascéticos é historias de santos. Le gustaba el Nuevo Testamento, que, en lo sucesivo, no abandonó ya. Se le ordenaba paseos en litera; él los aprovechaba para leer las *Epístolas* de San Pablo, los *Evangelios* y las homilias de San Juan Crisóstomo. Leía lentamente y recogíase en seguida para meditar sobre lo que había leído. Así dió sus primeros pasos en el camino de la oración.

Villalobos, su médico, prometió curarle en plazo fijo, pidiéndole, en cambio, al marqués una de las piezas más hermosas de su aparador. El día convenido, el pulso del enfermo mostraba tan poca fiebre, que le pareció haber ganado la apuesta; pero á pesar de su delirio por el rico plato prometido, Villalobos dijo á Francisco concienzudamente: «*Amicus Plato, magis amica veritas*; no estáis curado todavía.» Francisco sonrió, y, en lugar de uno, dió dos platos de plata al chistoso Esculapio.

Borja, mal repuesto todavía, volvió al servicio del emperador, y le siguió á Valladolid y Toledo, y después, por segunda vez, á Avila y Valladolid. Durante el año de 1534 y la primavera de 1535, Carlos y Francisco vivieron en constante intimidad. En esta época encaprichóse el príncipe por las matemáticas, y rogó á su favorito que las estudiase con él. Este, todavía novicio en la materia, escuchaba cada mañana una lección del cosmógrafo del emperador, Alfonso de Santa Cruz, y por la no-

che la repetía á su augustó compañero. Este régimen duró seis meses, al cabo de los cuales César se declaró satisfecho. Se mostró deseoso de aprender la astrología judiciaria, pero el marqués de Lombay, independiente hasta en la obediencia, le apartó del estudio de una ciencia tan poco seria.

La confianza que el emperador atestiguaba á su caballerizo mayor y la fiel amistad que le profesaba y que le conservó siempre el omnipotente Francisco de los Cobos, aseguraban al joven cortesano el más glorioso porvenir. Sin avidez, pero sin repugnancia, aceptaba Borja estas promesas, confiando á Dios el cuidado de realizarlas.

*
* *

El 3 de Abril de 1535, hallábase Carlos V en Barcelona, á punto de embarcarse para Túnez. Había ordenado á todos los señores que debían seguirle que se reunieran, armados y á caballo, ante la puerta de Perpiñán. El marqués de Lombay se presentó en esta parada con su amigo y pariente Jorge de Mello y algunos caballeros de Valencia, lujosamente engalanados y cabalgando sobre capazones de brocado. Su escolta se componía de 10 arcabuzeros de á pie y 20 de á caballo. El 28 de Abril, anclaba en el puerto la escuadra portuguesa. El 1.º de Mayo, Andrés Doria conducía sus 17 galeras. El 16, el emperador, acompañado de Borja, pasaba revista á la flota portuguesa desde la galera capitana de Andrés Doria.

El 27 de Mayo celebró solemnemente el emperador la fiesta del Santísimo Sacramento, y el 30 se embarcó. El marqués de Lombay recibió este día una gran decepción. Ya fuese porque no se hallase todavía curado de su enfermedad, ya porque su presencia se juzgase más útil en Madrid que en Túnez, Carlos V le mandó volver al servicio de la emperatriz. Francisco partió con el corazón oprimido.

El 6 de Agosto se supo en España la victoria de Carlos V. Túnez había capitulado después de un mes de sitio; veinte mil cristianos recobraban la libertad. El 8 de Septiembre volvía á Barcelona la escuadra portuguesa, y el 17 firmaba el emperador un tratado con el bey de Túnez, por el cual éste cedía á España La Goleta. Jorge de Mello fué enviado á Madrid para llevar estas felices noticias á la emperatriz.

Al año siguiente llegó la ocasión deseada por el marqués de Lombay de combatir á la vista del emperador. El 5 de Abril de 1536, mientras Carlos V era recibido triunfalmente en Roma, el almirante Chabot de Brión conquistaba el Piamonte. Francisco I, apoyándose en fútiles pretextos, provocó esta campaña, que avivó la guerra entre él y el emperador. Esperando las represalias, fortificó su conquista, dejando únicamente abierto á los imperiales el camino de Provenza. Montmorency, encargado de esperarlos, recurrió á un horroroso sistema de defensa. Devastó el país, respetando tan sólo á Arlés y Marsella, y, atrincherado en su campo de Aviñón, abandonó el desierto al

enemigo. El 25 de Julio pasaba Carlos V el Var al frente de 60.000 hombres.

El marqués de Lombay juntóse al emperador en Lombardía. Mandaba un refuerzo á sus expensas y le acompañaban sus mejores amigos y parientes, Ruy Gómez de Silva, futuro príncipe de Eboli, y Jorge de Mello. El marqués del Vasto mandaba la vanguardia. Seguía el emperador con 10.000 alemanes. Cierta día durante la marcha, el emperador y su escolta se adelantaron, completamente armados; Carlos V advirtió que el marqués de Lombay, de sí ya corpulento, se derretía bajo la armadura, por lo que le dijo que no llevara más que los brazales y el yelmo. Confuso al verse menos cargado que su señor, Borja se resistía, pero el príncipe insistió, y el marqués tuvo que obedecer.

La campaña de Provenza fué desastrosa para los imperiales. Tomaron á Arlés, pero tuvieron que levantar el sitio de Marsella. La disentería les hizo más daño que Montmorency. Perdieron 20.000 hombres y se vieron obligados á retirarse.

El marqués de Lombay tenía en el ejército un íntimo amigo, Garcilaso de la Vega, siete años mayor que él. Era Garcilaso uno de los príncipes de la poesía española. Muy querido del emperador, al cual había enseñado el castellano. Garcilaso siguió á Carlos V en todas sus campañas, en Viena, en Túnez y en Provenza. El soldado poeta protegía la retirada al frente de 11 compañías de infantería, cuando, cerca de Frejus, quiso tomar una débil for-

taleza, la torre de Muy, que defendían cincuenta arcabuceros. Garcilaso fué el primero en trepar por la escala, seguido de dos oficiales, cuando una carga de piedras, arrojadas por los sitiados, le derribó. Advertido Borja, se arroja al foso, levanta á su amigo y le transporta en brazos. Garcilaso estaba herido de muerte. Francisco le siguió á Niza, le asistió en su agonía, le hizo saber que su fin se aproximaba, y hasta el último momento, portóse con él como amigo fiel y cristiano.

El 25 de Noviembre, Carlos V, que acababa de llegar á Nápoles, se embarcaba en Saona para volver á España. El 6 de Diciembre desembarcaba en Cadaqués, la misma noche dormía en Barcelona, y el 7 por la tarde partía para Castilla. El marqués de Lombay le había sin duda acompañado en su retirada, y fué despachado como precursor á Segovia para llevar á la emperatriz noticias de la malhadada expedición. Le hubiera sido más consolador ser escogido quince meses antes, como lo fué Mello, para anunciar la victoria de Túnez.

Borja volvió á España doblemente herido, en su honor de español y en sus afecciones de amigo. Trajo también los gérmenes de una angina infecciosa que se desarrolló en Segovia y pronto puso en gran peligro su vida. Preparóse con toda seriedad á la muerte, pero su obra no estaba terminada todavía. Se restableció, y de esta voz de alerta sacó la resolución de servir á Dios con más fidelidad.

Después de su enfermedad en Segovia, se confesaba y comulgaba Borja todos los meses,

costumbre bastante rara entonces. Siempre huyó del juego. «Por lo menos se pierde en él cuatro cosas; el tiempo, el dinero, la devoción, y á menudo la conciencia.» Para distraerse sanamente, se entregaba con pasión á los ejercicios militares, á la caza y á la música.

Poseía Francisco una voz sonora y dulce, de la que sacaba maravilloso partido; su gusto musical, cultivado con esmero desde su infancia, y siempre practicado, se desarrolló en la corte bajo la dirección de profesores flamencos, músicos del emperador, llegando á ser un distinguido compositor.

El imperio de la música pertenecía, en Europa, á los flamencos, muchos de los cuales se habían establecido en España. Pero la música religiosa caía en la completa decadencia que señalaba y condenaba el concilio de Trento. Apoyándose en motivos, en *timbres*, sacados de aires de teatro ó de canciones á la moda, componían los profesores misas desarrolladas en estilo contrapuntante.

Su sentido artístico y su respeto al culto sagrado, movieron al marqués de Lombay á dar á la Iglesia una música digna de ella. Nunca escribió composiciones profanas. Un canto de amor noble y digno corrió por España con el nombre de *Canción del duque de Borja*, pero nadie demostró su autenticidad. Su música religiosa, por lo contrario, se hizo célebre, y si la adoptaron muchas capillas, fué porque Francisco de Borja abandonaba sus obras al público sin reservarse el monopolio de ellas, como hacían con su repertorio la mayoría de los cabildos.

Impresas estas composiciones, hubiera hecho, sin duda, buen papel al lado de las de Guerrero, Morales y Vitoria. Manuscritas, no escapó ninguna al pillaje y á la destrucción, y fueron desdeñadas cuando la introducción de la orquesta en las iglesias se sobrepuso á la interpretación de las obras clásicas.

La colegiata de Gandía posee, no obstante, una misa á cuatro voces y ocho motetes anónimos, que, debidos á la misma mano, son verosímilmente todo cuanto nos queda de las obras de Borja. Rolland de Lassus, maestro de ceremonias de la corte de Baviera, enriqueció la misa con un *Gloria* y un *Credo*, y atribuyéndose derechos sobre una composición que había completado, la imprimió en sus obras con el título de *Missa sine nomine*. La semejanza de los estilos induce á atribuirla al autor de los motetes.

Eran éstos de un valor artístico de primer orden. Estrictamente contrapuntante, su estilo es notablemente superior á las composiciones flamencas de la época, por el buen gusto y el arte en variar las imitaciones, en cortarlas y cambiarlas á tiempo. Algunos dúos á voces solas, escritos en contrapunto, suponen en el autor una ciencia muy refinada. Ciertas fugas, más emancipadas de la imitación flamenca, tienen el brío de la escuela valenciana. Toda esta escritura denota una intuición artística muy rara en aquel tiempo. El mérito de estas obras sólo nos deja un pesar; el de que ni en Roma ni en España haya podido encontrarse otras composiciones del mismo autor; dicho

mérito nos permite afirmar que Borja fué, en el siglo XVI y antes de Palestina, uno de los restauradores de la música sagrada.

* *
* *

El marqués de Lombay tuvo en Valladolid, en 1537, su séptimo hijo, Dorotea. Al año siguiente le nació otro en Toledo, Alfonso. El emperador había convocado las Cortes en esta ciudad para la primavera de 1539. Carlos V deseaba obtener de su nobleza el voto de un impuesto necesario, y para atraer partidarios á sus proyectos, quiso hacerles en su ciudad imperial una magnífica acogida. Toledo celebró sus fiestas en el mes de Abril, y Carlos V no asistía á ningún festejo sin el marqués de Lombay. Aparecían ambos en el apogeo de su dicha. Edificóse en aquel tiempo el orgulloso Alcázar que Carlos nunca habitó. Mientras estuvieron abiertas las Cortes, Sus Majestades y sus principales oficiales residieron en el palacio del conde de Fuensalida. Hacia fines de Abril, fué presa la emperatriz de fiebres malignas, inspirando serios cuidados. Toledo cambió repentinamente de aspecto: á los torneos sucedieron procesiones de penitencia; el cabildo ofició en las principales iglesias durante ocho días, y, para obligar al cielo, consintió, contra todos los usos, en salir de la catedral y llevar á San Juan de los Reyes la venerada estatua de Nuestra Señora del Sagrario. Ninguna oración conmovió á Dios, y el jueves 1.º de Mayo, á la una de la tarde, expiraba la emperatriz Isabel.

La marquesa de Lombay no se separó un momento de la enferma, la cual, en testimonio de supremo afecto, ordenó que sólo su *camarera mayor* tocara sus restos y los amortajara, y que el marqués de Lombay condujera su cuerpo á Granada.

Para comprender el dolor de Borja, no es necesario imaginarse el romántico amor que la leyenda le ha supuesto. Doña Isabel era su amiga de la infancia, la bienhechora de Leonor de Castro. Hacía diez años que el marqués vivía á su lado, y con excesiva familiaridad. Ella era, al fin, la emperatriz; todo cuanto puede inspirar el culto dinástico, el reconocimiento y la amistad, uníase aquí para consternar al gentilhombre, y ante el repentino hundimiento de tanta dicha y tanta grandeza, el cristiano, iluminado por la gracia, sondeaba fácilmente el vacío de todo lo que no proviene de Dios.

Mientras que, desesperado, retirábase el emperador no lejos de Toledo, al monasterio de Sisle, con los Jerónimos, la tarde del viernes, 2 de Mayo, acompañaba el cabildo los restos de la emperatriz hasta la puerta de Alcántara, para tomar el camino Granada. El cuerpo, encerrado en un sarcófago de plomo recubierto de brocado, era llevado en una litera. El mayordomo mayor de la emperatriz dirigía el cortejo, que se componía de un cardenal, dos obispos y numerosos gentileshombres. Doña Isabel había prohibido que se la embalsamase, y durante los quince días que duró el viaje, tuvo que soportar la escolta un trabajo de muerte.

Desde la puerta Elvira á la Catedral, se hallaba Granada cubierta de luto para recibir á la soberana. En la tarde del 16 de Mayo salió el cabildo á esperar los despojos imperiales, los cuales pronto fueron trasladados á la Catedral, al coro de la capilla de los reyes, completamente enlutada. A la mañana siguiente, sábado, los prelados y los gentileshombres llegados de Toledo se reunieron ante el catafalco. El cardenal de Burgos celebró el santo sacrificio y el arzobispo de Granada, don Gaspar de Avalos, pronunció la oración fúnebre. A continuación se cantó el oficio de difuntos. Después los gentileshombres que habían conducido el cuerpo, lo descendieron á la cripta, en donde reposaban los Reyes Católicos. Se encerró el primer ataúd en otro de plomo, y un magistrado acusó recibo, en nombre de la ciudad, del augusto depósito.

Por la tarde, después de un largo oficio fúnebre, todos los personajes que habían escoltado á la emperatriz descendieron de nuevo á la cripta real. Debían afirmar y jurar uno tras otro que el cuerpo encerrado en el féretro de plomo, pero con el rostro descubierto, era auténticamente el de doña Isabel. En seguida debía declarar el primer capellán, en nombre del Capítulo, que recibía y aceptaba los restos. La impresionante ceremonia se desenvolvía en su majestuosa sencillez. Los auditores del Consejo, los miembros de la escolta y otros personajes avanzaron para reconocer el cuerpo. Todos prestaron el juramento consignado en el proceso verbal. Adelantóse el marqués de

Lombay, descubrió el rostro velado de la emperatriz, y ante aquella belleza no hacía mucho tiempo deslumbradora y hoy horriblemente marchita, no tomó ninguna actitud teatral. Prestó juramento como los demás. Ni él ni sus compañeros de viaje, tuvieron dudas, que hubiesen sido pueriles, sobre la identidad del cadáver. Dieciséis días de viaje bajo el sol de Mayo, bastaban para explicar la descomposición de la emperatriz. Entonces pudo renovarse en Borja el drama íntimo que por modo más palpitante tuvo lugar el día de la muerte de doña Isabel.

En efecto, la muerte de la emperatriz (1.º de Mayo) más bien que su entierro (17 del mismo mes), fué lo que determinó en Borja el célebre cambio, principio de su conversión. Recordaba en su diario espiritual, que después se hizo general, los principales datos de su vida, pero nunca hizo alusión á los acontecimientos del 17 de Mayo; muchas veces, por lo contrario, daba gracias á Dios, el 1.º de Mayo, por lo que antiguamente, en igual ocasión, operó la gracia en la emperatriz y en él (1).

La emoción que el marqués de Lombay experimentó en Granada, fué, sin embargo, viva y fecunda. Dios le había iluminado sobre la vanidad del mundo. Aquellos negros sepul-

(1) En su *Crónica*, bastante exacta, no hace Polanco alusión alguna á la escena de la cripta. En desquite, escribe: «Como Borja volvía de Granada en litera, fué de tal modo iluminado de la gracia, que se puso á pensar seriamente en reformar su vida, sin separarse de su mujer. Con gran ánimo, comenzó á darse á la oración, á la lectura y también á la mortificación.» (T. I, pág. 315).

ros del rey Fernando, su antepasado, y de la Reina católica; la cripta sombría en donde dejaba la más estimada de las soberanas, junto á los grandes reyes, le recordaron el término ineluctable de la vida. Su existencia era ya cristiana, pero fastuosa y mundana todavía, y resolvió hacerla perfecta. Entró en su morada, en donde le esperaban su mujer y su cuñada, no menos conmovidas que él, y, encerrándose solo, se abismó en la oración.

Los oficios fúnebres por el alma de la emperatriz continuaron durante nueve días en la capilla real de Granada. El 18 de Mayo predicaba el bienaventurado Juan de Avila, el apóstol de Andalucía. El vigoroso discurso del sacerdote pareció á Francisco el eco de sus propios pensamientos. Así, por la tarde, hizo llamar á Avila para abrirle su alma. El apóstol comprendió la obra divina que se realizaba ante sus ojos, y con sus consejos ayudó á Borja á continuarla y á huir de las tres plagas cortesanías: la ambición, la envidia y el placer.

De regreso en Toledo, no disimuló el marqués de Lombay el cambio que en él se había operado, sino que dió de él una prueba evidente. Antes de su partida para Granada, tuvo con el almirante de Castilla una discusión muy viva. A su vuelta, manda saludar al almirante y le da una cita. Persuadido don Fernando Enríquez de que se trataba de un encuentro, designa, en consecuencia, á su adversario el terreno. Francisco se presenta en él, y apenas ve al almirante, cuando se arroja á

sus pies y le ofrece sus excusas. Enríquez, confundido, levanta á Borja, se hace su amigo y se complace en referir este rasgo de vigorosa humildad.

La muerte de la emperatriz privaba á los marqueses de Lombay de sus empleos en la Corte. La vida de Borja iba á sufrir un cambio profundo. El 29 de Junio de 1539, nombróle Carlos V virrey de Cataluña, y le aconsejó que tomara, antes de abandonar á Toledo, el hábito de los caballeros de Santiago. Siendo caballero, gozaría de innumerables privilegios y podría recibir alguna encomienda. Borja obedeció, y el 25 de Junio fué admitido á vestir el manto blanco con cruz roja.

Cortesano y favorito, Francisco de Borja dió muestras, durante doce años, de perfecto gentilhombre. Mas durante este período de constante dicha, no ofreció la verdadera medida de su talento ni de su carácter. Investido, á los veintinueve años, de la autoridad soberana y cargado con el peso de un gobierno difícil, iba á mostrar que, á las graciosas cualidades de un cortesano, añadía la primera y fecunda iniciativa de un hombre de Estado.

SEGUNDA PARTE

El Hombre de Estado

CAPÍTULO PRIMERO

EL VIRREY DE CATALUÑA

1. *El Justiciero*

El nombramiento del joven marqués de Lombay para el virreinato de Cataluña demostraba su mérito precoz. En aquel tiempo de paz mal asegurada con Francia, la llave de España debía descansar en manos firmes y fieles. El gobierno en desorden de aquella región amante de sus fueros, exigía tacto exquisito, vigor y raro discernimiento. Era inaudito, en fin, que se empezase en la carrera administrativa, por el virreinato de Cataluña. Se llegaba á Barcelona después de haber gobernado á Valencia, Aragón ó Mallorca, y, de Cataluña pasaban los virreyes á Nápoles, á Sicilia ó á los Países Bajos. Brillantísimas sinecuras hubieran podido recompensar al marqués de Lombay de su abnegación para con la emperatriz. Si Carlos V le confió un cargo que, por lo general, desempeñaban los personajes de más consideración, era por-